

rigurosísima, y durante veinticinco años no comió más que el sábado y domingo. También pasaba las noches enteras derecho entonando salmos y cánticos. Su cuerpo estaba de tal modo extenuado por sus austeridades, que fácilmente, dice su historiador, podían contarse todos sus huesos. Su virtud le hizo juzgar digno del sacerdocio, y Timoteo, obispo auxiliar de Capadocia, que había levantado un monasterio en este lugar, le hizo superior del mismo. No por eso dejó su caverna; pero en sus acciones hacía brillar tanta perfección, que su solo ejemplo bastaba para instruir á sus religiosos, aunque él á todos eclipsaba. Esto hizo que apresurándose los solitarios como á porfía á ponerse bajo su dirección, se halló circuido de un número muy crecido de ellos, quienes le seguían como las abejas siguen á su rey. Así es que hizo construir muchas celdas sobre esta montaña, donde gobernó á estos fervientes religiosos, regulando las austeridades de cada uno según sus fuerzas de tal suerte, que todos se ejercitaban en la virtud de diferentes maneras, que tendían sin embargo á un mismo fin.

Paladio añade, que una noche en que el abad Elpidio cantaba salmos con los otros, un escorpión le picó, y que se contentó con aplastarlo sin manifestar sentimiento alguno por el acerbo dolor que le había causado. Ordinariamente oraba vuelto el rostro hácia el Oriente. Por fin su retiro se le hizo tan querido, que desde que se estableció en la caverna que sirvió de carrera á sus sufrimientos, ya no descendió más de la montaña.

Enesio y Eustaquio, hermanos, se le asociaron y sobresalieron en la profesión monástica. Entre otros discípulos tuvo un Capadociano llamado Sisino, de muy baja prosapia, pues había sido esclavo, pero que se hizo ilustre por su piedad. Moró seis ó siete años con él, y se esforzó á imitarlo en su penitencia; después se encerró en un sepulcro, donde pasó tres años en una oración continua, sin sen-

tarse, sin ponerse á la mesa, sin salir: Dios le dió poder sobre los demonios. Volvió después á su país, donde habiendo sido hecho sacerdote, gobernó dos monasterios, uno de hombres y otro de mujeres.

Paladio habla también de un solitario llamado Gadano, de Palestina, quien pasó su vida en las riberas del Jordán. Los Judíos lo aborrecían en extremo, y habiéndole uno de ellos encontrado cerca del mar Muerto, sacó su espada para matarle; pero su mano se secó al momento.

El mismo autor habla también de un anacoreta de este lugar llamado Elías. Este era, dice, un hombre de acrisolada virtud, quien, ocupándose en todos los ejercicios de la vida religiosa estaba de continuo en oración y recibía con igual bondad y caridad los que iban á visitarle. Añade que habiendo ido á visitarle unos hermanos, le faltó el pan, sintiendo por ello un vivísimo dolor; pero habiendo entrado en su celda halló, contra toda esperanza, tres panes tiernos que la Providencia le envió, y que al momento les llevó satisfecho. Dos de estos panes bastaron para saturarlos, por más que fuesen veinte, y quedó uno que le sirvió para nutrirse durante veinticinco días.

SAN MARTINIANO Y SAN JAIME, ERMITANOS.¹

Hay cerca de Cesárea en Palestina una montaña llamada *el lugar del Arca*, que venía habitada desde los tiempos del emperador Teodosio el Grande por muchos santos ermitaños. Allí fué donde Martiniano, natural de esta ciudad, se retiró á los dieciocho años para no ocuparse más

¹ Metafrasta.

que del cuidado de su alma. Empezó con tanto fervor la obra de su perfección, que en poco tiempo hizo singulares progresos en ella, y extendiéndose por todas partes la fama de sus virtudes, acudían á él para ser curados por medio de sus oraciones de diferentes enfermedades, y para recibir consejos de salud.

El demonio no pudo sufrir largo tiempo en un joven una virtud tan eminente. Lo atacó con diferentes tentaciones, ora en la imaginación, ora en los sentidos, y otras veces con prestigios, á fin de obligarle á abandonar el desierto; pero él resistió valerosamente con la fuerza de la oración y el canto de los Salmos, sin que los ruidos que hacía alrededor de su celda ó los espectros que presentaba á sus ojos le impidiesen continuar la oración y la salmodia.

No habiendo dado estos esfuerzos resultado alguno al tentador, empleó otro medio con que puso á Martiniano en una terrible prueba. Conversando ciertos personajes reunidos en una plaza de Cesárea, hablaban de él y admiraban como había llegado á una piedad tan eminente. Mientras discurrían sobre el particular, los oyó una malvada mujer, y adelantándose descaradamente, les dijo que Martiniano no era menos frágil que los otros hombres, que si se sostenía en la piedad era por vivir como las bestias salvajes lejos de las ocasiones que hay en las ciudades, y que la prueba más segura de una virtud constante era resistir el mal cuando uno se halla en la ocasión de cometerlo. « Yo no le consideraré verdaderamente digno de admiración, añadió, ni delante de los hombres, ni tampoco delante de los ángeles del cielo, sino cuando me habré presentado delante de él, y habrá no obstante perseverado en su vida actual. » Los que la escuchaban convinieron por desgracia en que fuese á poner en prueba su virtud.

Esta criatura, suscitada por el demonio, fué pues á cu-

birse de andrajos, puso dentro de un saco los instrumentos mundanales de que se servía para perder las almas, y á la caída de la tarde partió de la ciudad para llegar de noche á la montaña, donde estaba la celda de Martiniano. El tiempo estaba malo y esto favoreció todavía más su artificio; pues cuando estuvo en distancia de poder ser oída, afectó un gran horror, y exclamó con una voz lamentable.

« Tened piedad de mí, servidor de Dios, y en un tiempo tan malo no esponzáis á una pobre mujer á ser devorada por las bestias. Yo me he extraviado; no sé adonde ir; auxiliadme; bien que soy una pecadora, soy no obstante una criatura de Dios. »

Estuvo algún tiempo gritando y fingiendo llorar y lamentarse; y Martiniano, no queriendo reprocharse haberle negado su auxilio en un peligro que parecía apremiante, la recibió en su celda, le hizo fuego, le dió á comer dátiles; y por fin le recomendó se retirarse cuando amaneciera. Él se retiró á otra celda interior, cuya puerta cerró, y después de haber cantado los salmos según su costumbre, se dormió en tierra, que ordinariamente le servía de cama. Pero en este tiempo esta perversa criatura sacó del saco los hábitos que en él tenía escondidos; con ellos se vistió y se atavió como acostumbraba á hacer, á fin de consumir su malvado designio.

El santo varón habiéndose levantado por la mañana y habiendo también cantado los salmos, salió de su celda secreta con la intención de despacharla, si aún no se hubiese retirado. Pero quedó muy sorprendido al verla en un estado tan diferente de la noche anterior. De momento no la reconoció, le preguntó de donde era, como había entrado en la celda y que significaban aquellos adornos diabólicos.

« Yo soy, le respondió esta miserable, aquella que recibisteis ayer al principio de la noche. » — « ¿ Como, pues,

os habéis cambiado el hábito? le preguntó el Santo. Vos no habéis venido más que con andrajos, y ahora estáis cubierta de ornatos que el orgullo ha hecho inventar á las personas de vuestro sexo. » La cuestión era fuera de propósito y peligrosa, y la mujer se aprovechó de ello para entrar en discurso con él y conseguir su malvado propósito. Se asió de ello con tanto artificio, que arrancó de su corazón, que hasta entonces había triunfado tan valerosamente de los poderes de las tinieblas, un consentimiento interior.

Martiniano, renunciando á despachar inmediatamente esta mujer, le dijo que se aguardara un poco, porque á aquella hora acostumbraban ir para recibir su bendición, y que él iría á observar desde lo alto de la peña si se veía alguién, temiendo que se escandalizasen si lo veían con ella. La seductora triunfaba ya en su alma; pero Dios no quiso que este solitario fuese privado del fruto de los trabajos que por su amor había sufrido desde su juventud. Mientras estaba observando sobre la cima de la peña, Dios hizo brillar la luz de su gracia en su corazón, que le mostró la profundidad del abismo adonde iba á precipitarse, haciéndole sentir todo los horrores del mismo.

Entonces, penetrado de un vivo dolor, se volvió dentro de su celda, donde, en presencia de esta mujer, encendió un grande fuego y á piés desnudos se metió en medio de las brasas, hasta que estuvieron tan quemados, que no pudiéndose sostener cayó en tierra. Algunos momentos después se levantó del mejor modo que pudo, y se echó otra vez al fuego, diciéndose á sí mismo con lágrimas y gemidos: « ¿ Qué te parece, Martiniano, de este fuego? ¿ Tiene comparación con el del infierno que el diablo te prepara? Si quieres caer en él, escucha á esta mujer, este es el medio para ser precipitado en el mismo. » No salió de este fuego hasta que estuvo completamente chamuscado, y después se postró dando de rostro á la tierra é imploró el

auxilio de Dios con muchas lágrimas, reprochándose su miseria y su facilidad en escuchar la tentación.

Esta mujer horrorizada de una penitencia tan terrible, concibió á su vez un grande arrepentimiento. Arrojó al fuego todos los atavíos que se había puesto para seducir al siervo de Dios; volvió á ponerse los andrajos con que había ido, y en este estado se postró á los piés de Martiniano, le pidió perdón, llorando mucho por la malvada intención que la había traído á su celda, y le suplicó la enseñase el camino de la penitencia.

Martiniano le dijo que se fuera á Jerusalén y que de allí pasara á Belén al monasterio de santa Paula, que vivía entonces, donde hallaría su salud. Le dió algunos consejos en pocas palabras, que tendían á la fuga de las ocasiones, y á nutrir en su corazón los sentimientos de penitencia que Dios por su gracia había metido en él: lo que ella escuchó con la mayor contrición. Anduvo todo lo restante del día llorando sus pecados, é instigada por un santo deseo de purificarse de ellos con la penitencia; y cuando la noche la sorprendió en esta vasta soledad la tierra le sirvió de cama. Voivió á emprender su camino al rayar el alba, y continuó llorando y gimiendo. Llegó por fin al monasterio de santa Paula á quien relató cuanto le había acaecido. La Santa dió por ello gloria al Señor, cuya misericordia para con esta alma pecadora admiró. La admitió en su monasterio, y no cesó de instruirla en aquello que debía practicar para santificarse.

Sus avisos no fueron inútiles. Zoe (tal era el nombre de esta mujer) abrazó la penitencia con un fervor extraordinario; pues sólo vivía de pan y agua, de lo que nunca se saturaba. Sólo comía por la noche, y algunas veces pasaba dos días sin tomar nada. Se acostaba sobre la nuda tierra, y llevaba una vida tan austera, que santa Paula creyó deber mitigarla y exhortarla á que respetase un poco su

cuerpo, si quería que la sostuviese hasta el fin. Dios con un milagro hizo conocer á esta Santa que había agradecido su penitencia. Una mujer, atacada de un vivísimo dolor en los ojos, fué al monasterio para obtener de Dios su curación por las preces de sus religiosas. La Santa ordenó á Zoe que orase por ella, deseando conocer si Dios le había perdonado sus pecados. En efecto, habiéndose puesto en oración para esto, la enferma quedó curada, y no quiso salir del monasterio. Zoe vivió diez años en el monasterio, después de los cuales murió en la paz del Señor.

Volviendo á Martiniano, durante algunos meses fué muy incomodado por su quemadura ; y después que hubo curado concibió el designio de retirarse en algún lugar tan oculto, que no estuviese expuesto á una ocasión semejante á aquella que le había hecho derramar tantas lágrimas. Al efecto imploró el auxilio del Señor con una humilde oración, y habiéndose armado con la señal de la cruz, salió de su celda para buscar el asilo que deseaba. El demonio viendo que abandonaba este lugar, insultándole le dijo : « Yo he triunfado, Martiniano, y yo te echo de tu celda ; sepas que te perseguiré y te echaré de todas partes. »

San Martiniano le respondió que no dejaba su celda por fastidio, ni por su poder ; que si había tenido alguna ventaja sobre él, á su vez él había triunfado arrebatándole una alma que tenía cautiva. El demonio desapareció, y Martiniano entonó estas palabras del Profeta : *Sea Dios exaltado, y sus enemigos disipados*, etc.

Tomó, continuando este salmo, el camino del mar, donde felizmente halló el patrón de un navío, hombre temeroso de Dios, á quien rogó le dijera si había alguna pequeña isla bastante dentro de la mar que no fuese habitada. « ¿ Porqué me preguntáis eso , le respondió este hombre ? » Yo querría, replicó el Santo, hallar un lugar donde estuviese enteramente separado del mundo, y á cu-

bierto de las asechanzas del enemigo de la salvación. » — Bien conozco, dijo el patrón, una roca escarpada muy apartada de la tierra, cuyas entradas tal vez os horrorizarían ¿, pero de que viviríais allí? Esto es precisamente lo que yo busco, replicó el Santo, y en cuanto á mi nutrición ya proveeré trabajando con las manos. Me bastará que cuatro veces al año me traigáis ramas de palmera con lo que construiré manufacturas que vos venderéis, y del producto también me traeréis mi provisión de pan y agua, lo que me bastará para mi sustento. »

A estas proposiciones el patrón reconoció que aquel que las hacía era un santo personaje, y se ofreció con placer para secundarle en su designio. Le condujo, pues, á esta isla, donde abordó felizmente por la noche. Esto era cuanto podía desear de más favorable á su designio. Así es que rindió á Dios las mayores acciones de gracias, lo mismo que al patrón que le había servido tan bien á su gusto. Este le ofreció llevarle madera para construir una celda ; pero él se lo agradeció, y quiso permanecer sobre esta peña expuesto á todas las injurias del aire para hacer su penitencia aún más rigurosa.

Martiniano estuvo seis años en este lugar terrible á la naturaleza, pero rebotando alegría en su corazón por estar separado de las criaturas, y por poderse ocupar sin obstáculo en las verdades de las santas Escrituras. El demonio bien probaba algunas veces de turbarlo, y aún en cierta noche que hacía una grande borrasca, le presentó las olas en tanto grado elevadas, que parecía iban á devorar toda la peña ; pero él estaba aguerrido contra sus prestigios, y su oración disipó tal tempestad.

En fin, después de estos seis años de soledad, Martiniano experimentó que no hay firme seguridad para nuestra alma, sino cuando hemos llegado al puerto de la eternidad. Un navío fué sorprendido por una horrible tempestad á

corta distancia de su isla, con la cual estalló. En él había personajes de todo sexo, y todo pereció, á excepción de una joven de veinticinco años, la cual fué bastante feliz para asirse de la peña, implorando su auxilio con grandes gritos. Se vió, pues, obligado á ir á sacarla del agua; pero temiendo que esto fuese un nuevo lazo que el demonio le tendía, dijo á esta joven: « No podemos permanecer aquí los dos; vos os quedaréis sola; tenéis suficiente pan y agua para nutrirnos hasta que el patrón, que debe venir dentro de dos meses llegue. Le haréis la relación de vuestro naufragio; él os pondrá en su barco y os conducirá á vuestro país. » Enseguida habiendo hecho la señal de la cruz, dirigió á Dios esta plegaria: « Señor, á quien obedecen las aguas y los vientos, miradme con los ojos de vuestra misericordia, y no permitáis que perezca. Yo confío en vuestro santo nombre, y en la esperanza de vuestro auxilio me entrego á la voluntad de las olas para impedir, permaneciendo aquí, que mi alma se pierda. »

Al mismo tiempo se echó al mar, y Dios le envió un delfín, quien lo recibió en su espalda y le condujo hasta la tierra firme. La joven fué testigo de esta maravilla, y le siguió con los ojos hasta que lo perdió de vista; y veremos muy pronto las impresiones que este prodigio hizo sobre su alma.

Al abordar á tierra rindió á Dios acciones de gracias, y enseguida reflexionando sobre los lazos que el demonio por todas partes le tendía, ya no quiso fijarse en lugar alguno, sino que se determinó á vivir peregrino sobre la tierra. Así iba de aldea en aldea y de ciudad en ciudad, y cuando llegaba á algún lugar, se informaba si había allí algún gran servidor de Dios, tomaba en su casa una ligera comida, y se retiraba en un lugar solitario para entregarse á la oración y ejercicios monásticos.

Recorrió así por espacio de dos años muchos países,

hasta que llegó á Atenas, donde Dios le dió á conocer que moriría pronto. Su primer cuidado fué ir á la iglesia; allí sintiendo que su última hora se aproximaba, suplicó á uno que hiciera llamar al obispo. Este era un santo prelado á quien Dios había revelado su próxima llegada, y él estaba aguardando el momento. Fueron á decirle que un forastero lo esperaba en la iglesia, pero que no sabían si estaba en su buen sentido, juzgando por su pobreza y por la extenuación de sus fuerzas que su cabeza no estaba del todo libre; pero el obispo esclarecido de lo alto sobre el mérito del Santo, rectificó su juicio y se aceleró á trasladarse á la iglesia. Allí le halló tendido en tierra, no teniendo fuerza para levantarse, presentarle sus respetos y recibir su bendición, que le pedía extendiendo solamente los brazos. El obispo se la dió, y al instante haciendo la señal de la cruz, presentó un rostro sonriente y entregó dulcemente su alma á Dios. Esto acaeció al principio del siglo quinto.

Hablemos ahora de la joven que se había quedado en la isla. Ella aguardaba la llegada del marinero como el Santo le había prometido, y este hombre quedó bien sorprendido al hallar una joven en lugar del santo solitario. De momento creyó que esto era un espectro, y tomó la fuga; pero la joven le convenció gritándole que ella era cristiana y haciendo sobre sí la señal de la cruz. Ella le contó cuanto le había sucedido, y como san Martiniano le había cedido la plaza. A esto el patrón le ofreció llevarla á la ciudad; pero el ejemplo de la virtud de san Martiniano y el milagro que Dios había hecho en su favor, como lo hemos dicho, la había de tal modo abrasado en el deseo de santificarse, que quiso imitar su penitencia. Así es que suplicó al patrón le trajera un vestido para cubrirse mejor, y lana para trabajar con pan y agua para nutrirse, como había hecho por san Martiniano.

El patrón lo hizo con alegría, y se llevó á su mujer con

él cuando volvió á llevarle sus provisiones. Desde esta fecha continuaron yéndola á visitar cada tres meses, lo que duró seis años. Al cabo de este tiempo el marinero y su mujer habiendo vuelto, la hallaron muerta. Estaba tendida sobre la tierra, teniendo los ojos y la boca cerrados y los brazos cruzados sobre su pecho, con un aspecto tan modesto que creyeron que dormía; pero habiendo reconocido que estaba muerta, llevaron su cuerpo á Cesárea, y avisaron al obispo, quien, sobre la relación que le hicieron de cuanto había sucedido, le hizo funerales muy honrosos y la sepultó en un lugar distinguido. Sus actas dicen que de día hacía doce oraciones y veinticuatro de noche, y que en dos días no comía más que una libra de pan. Metafraste la llama *Fotina*. La historia de san Martiniano fué escrita por un autor contemporáneo, quien lo había conocido. Metafraste, que la reprodujo, añadió algo; pero nosotros hemos recortado lo que presumimos que añadió de lo suyo, como poco seguro.

Añadimos aquí en pocas palabras la historia de un solitario, llamado Jaime, quien murió cerca de un siglo después de san Martiniano, cuya caída y penitencia, nos enseñan á desconfiar siempre de nosotros mismos, por más progresos que hayamos hecho en la virtud; y á no desesperar del perdón, aún cuando fuésemos reos de los crímenes más nefandos. Jaime al principio se retiró á una gruta poco apartada del monte Carmelo, y pasó después á otra próxima á la ribera del Lisón. Allí su nombre se hizo célebre, porque había llegado á una grande perfección y Dios le había honrado con el dón de milagros. Convirtió á muchos Samaritanos, y acudían á él de los monasterios vecinos para recibir buenos consejos lo mismo que su bendición.

Perseveró cincuenta años en esta vida tan santa y edificante; pero al mismo tiempo que como bizarro atleta de Jesucristo corría con santo ardor en la carrera de la peni-

tencia, tuvo la desgracia de cometer una falta deplorable; porque después de haber triunfado del demonio en una ocasión tan peligrosa, en otra fué vencido por él, manchándose con un crimen y cometiendo un asesinato para ocultarlo. El demonio, quien lo había cegado para precipitarlo en este abismo, después que hubo pecado le abrió los ojos para hacerle caer en la desesperación. Pensó, pues, en abandonar su estado y volver al siglo; pero un caritativo anacoreta que fué á visitarlo, lo indujo á esperar en la misericordia de Dios; y fortificado por sus exhortaciones, se impuso una penitencia muy austera, por más que ya estuviese en edad avanzada, y se encerró en un sarcófago donde por espacio de diez años lloró su crimen y no cesó de tenerse en una profunda humillación delante del soberano Juez. Por este medio obtuvo el perdón que le pedía, y aun le fué vuelto el dón de milagros. En fin, concluyó felizmente su vida; y las gentes del país, de quienes fué el protector, le levantaron una iglesia sobre su tumba.

SAN EUTIMIO, SOBRELLAMADO EL GRANDE, ARCHIMANDRITA EN PALESTINA¹.

Es éste uno de los más célebres Padres de la vida monástica que la soledad dió á la Iglesia. Los Griegos añadieron al título de Grande que ellos le dieron, el de *Teóforo*, ó sea, *el que lleva á Dios consigo*; sea porque la gracia del Señor resplandeció en él por las virtudes más eminentes, sea porque su corazón ardía de celo por su gloria y estaba

¹ Cirilo, los Bolandistas, Cotelier, Tillemont.